

Port Tambora, l'any
Descubrimiento de América
Poema.

Dedicatorio

Prólogo

Introduccion, en verso

Consta el poema de 18 cantos, componiendo
un 1,400 versos.

Me creíde inútil expiarlo todo; pues en caso
de no recaer premio en él, fuera trabajo perdi-
do; y además me parece que bastan dos
cantos por muestra; pudiendo asegurar a
V. que si algún mérito mereceran ellos, los
demás ofrecen el mismo.

A demás también he tenido motivo para
a V.; pues el tiempo fijado para el examen
de composiciones es corto y es preciso atender
a todos ellos.

De todos modos, en caso de premio, queda
a mi cargo el mandarle el resto del poema.



Canto 1^o

Viva observancia al lector, juventud y primera
 harañon de Colón. Errores científicos de su siglo,
 Infustructoras iustancias de Colón.

D

Dispénsame, lector, en este instante,
 Se me ocurre una duda, un pensamiento;
 Un minuto no más; paso adelante,
De tu paciencia, no abusar intento.

¿Qué será de mi canto, mi poesía,
 Después que yo no exista? ¿Quién lo sabe?
 Se helará, con la muerte, la voz mía;
¿Será ignorada, cual la voz del ave?

En los siglos van pasando, y, no obstante,
 De Virgilio la voz, del grande Homero;
 De David y de Milton y del Dante,
Aun puedo escuchar ... tanto, no espero.

Se habla aun de ellos, de sus nombres,
 Aun viven con nosotros... (¿qué misterio!)

¡Cuán grandes ser debían tales nombres,
Para tan lejos extender su imperio!

Hoy veo sus retratos, sus figuras,
 Sus obras, con respeto, conservadas;

Sus cantos, hoy, repiten las criaturas,
Que fijan, siempre en ellos, sus miradas,
Yo canto después de ellos, como el ave,
En la selva sin luz, nombre, ni dueño;
¿Cómo puede parar la tumba grave,
Mi voz, como las aguas, ¿Vano dueño?
Mas, qué digo, infeliz, después de muerto,
Si viviendo no logro ser oído;
Si el mundo no me escucha, ni despierto,
¿Querrá escucharme cuando esté dormido?
Mas era poco importante para el caso;
No canto para mí; canto la historia,
Sabida del Oriente y del Occaso;
Celebro de un grande hombre la memoria,
Celebro la, cual puedo; a mi manera,
Cual me inspiró mi musa tan sencilla;
Ciertamente esto instante ser quisiera,
Mas nunca parar puede de avecilla.
Poco se sabe de Colón, de niño;
Ni acerca su linaje y descendencia;
Han solo su amor grande, su cariño,
Desde sus tiernos años, a la vejez.
Fue la geografía su elemento,
La náutica, la ciencia del marino;

Con ellas se ilustraba su talento,
 Con ellas preparaba su camino.

De Italia, varios pueblos y ciudades,
 Disputábanse la gloria de su cuna;
 A Génova, al decir de sus edades,
Fal gloria, corresponde, tal fortuna.

Segun unos decían, sus mayores,
 No osido muy ilustres en el mundo;
 Segun otros, ^{quiere} ~~benes~~ ~~trabajadores~~;
 En su linaje, no os gloria fundo.

Bien cierto, que luego, cuando rico,
 Algun noble, envidiando su fortuna,
 Pretendió compartir (bien me lo explico),
Con la persona de Colón, su cuna.

Siempre el mundo es el mismo, siempre el mismo,
 Cuando opla la suerte, reverencia;
 O pone entre los hombres un abismo,
Con el caso contrario: en la indignancia.

Colón, no necesita, ciertamente,
 De muy alto venir, ni de muy bajo;
 Es hijo de sus ~~obras~~ ~~obras~~, solamente;
 De su genio y saber, de su trabajo,
 De jóven, ya Colón, lució su ciencia
 Su valor, en Italia, en el espada;

De Nápoles, el rey, á su experiencia,
Fizo una expedición muy arriesgada,
Salio de sus combates victorioso;
Astratazemas grandes empleaba;
Una vez, en el equipage, temeroso,
Creyendo ir atrais, adelantaba,
Vario, Colou, la brújula, con sus;
Pues así convenia a quel instante:
Mandó desplegar velas... ¡ojá marinos!
Las naves del contrario estan delante!

Otra vez, en combate muy renido,
Contra un astor marino veneciano;
Estrellóse en nave; ya perdido,
Se veia, Colou, cuando en mano;
Así se pudo á un reino, que dió guiso,
Flotara sobre el mar; con el nadando,
Salvóse el gran Colou; suprimo aviso;
Por él la Providencia está velando.

Colou tuvo, en su cuenta, mil errores,
La ciencia de los astros era oscura,
Los sabios de aquel tiempo y los doctores,
Fueron planes alisabares de locura.

Creían el error de Tolomeo;
La tierra fija estaba en el cielo;

El sol era el, que al año, ^{un} ~~el~~ gran rodeo,
En torno de la tierra describía.

Citábase a Jorú, puesto que dijo,
Al sol, que en su camino se parara:

7al cosa no dijera estando fijo,
Lo contrario ignorancia revelara.

Mar Jorú, qué pedía, qué deseaba,
Del sol, si no un instante más de luz
Le diera aquella hora, qué importaba?
Su lenguaje se adaptó ^{lo} a la costumbre.

Jorú entonces hablaba cual la plebe;
No como sabio, ni doctor, por cierto;
De regla, y de expresión, servir no debe,
Por saber de los otros el concierto.

La fe le aconsejaba, le movía,
Con ella, solamente, aquel instante,
Alcarraba de Dios lo que pedía
Un prodigio muy grande, muy brillante.

La extensión de la tierra, la figura,
Era objeto también de discusiones;
Como pudo volar a mar abierta,
Y mostrar con ocurrencia las naciones.

La ciencia es como luz que siempre avanza
Como ~~brisa~~ ^{brisa} dar un grande paso;

Froicando en realidad una esperanza,
Con su mundo encontrado ~~en~~ ^{el} Ocaso.

No quiere ser decir, bien entendido,
Que la ciencia del hombre, en este suelo,
Deba ser infinita, en el sentido,
De compararse con la luz del cielo.

Limpiar la ciencia encontrará barreras,
Insuperables, pues, que Dios lo quiere;
Serán siempre finitas sus esferas,
El hombre, es aquí, sombra, para, muere.

Que extraño que los sabios se equivoquen,
Que en tiempo de Colón poco supieran;
Que siempre erraren, con su mano, toquen,
Y nunca alcancen lo que siempre esperan.

Copérnico nació, previamente,
Cuando Colón sus planes meditaba;
Y aquel sabio mostró patentemente,
Que la tierra en redor del sol giraba.

Colón debió venirse, pues, by errare,
Del siglo en que vivió, ¿cuánto llanto,
Trabajo, amarguras y sudores,
Costarle debería, en tiempo, cuanto!

Verásele vestido pobremente,
Abierto, diacerar, meditabundo;

Quien fia en el saber de un indigente
De un extranjero que recorre el mundo?

Bien podia su ciencia ser engano;
Su medio de lograr favor, ni quere;
Para las gentes era aquello extraño;
Su ingenioso ardor, o una simpleza.

Si tuviera Colon, oro, blasones,
Sin duda de las gentes fuera oido:
No lo dudes, Colon, son tus glorias;
Lo que impide tu triunfo, es tu vestido.

Bien puedes intentar saber profundo;
Eres pobre, y esa falta mucho pesa;
Son tus narayes lo que mira el mundo;
Lo danas, que te importa, ni interesa?

De grandes y panoles, que momento;
Oyeron a Colon; mas todo en vano;
Las promesas de aquellos llevo el viento,
Todo permanecio estulto hispano.

Que la historia, Colon, no haber nacido;
En palacio real... Mas que la curia;
Mayor sera tu triunfo, mas lucido;
Y tras la noche, la luz, brilla mas pura.

Al Sr duque de Medinaceli y de Medina Sidonia

Canto II

Colón es detenido en su viaje a Francia.
Su introducción en la Corte de Castilla. Magná-
-nimo rango de Gratel. Colón en el puerto de Palos.

El tiempo se pasaba en esperanzas,
Colón se impacientaba, se aburría;
Sin fin nuevos obstáculos, tardanzas,
La voz del gran marino se perdía.

De la guerra el estruendo, la atrozaba;

Era a quel un momento muy supreso;

Del arabe, la estrella declinaba,

De España, ya, lucía era un estremo.

Un día recibió, del Rey de Francia,

Una carta, Colón, muy liouj era;

De España cruzó al punto granditosa,

Ya la dejó, ya llegó a la frontera.

¿Y dejas partir, España ingrata!

¿No sabes, desdichada, cuanto pierdes,

En mundo todo lleno de oro y plata

Ya en hora puer, que de Colón te acuerdes.

Detente en su camino; no consientas,

Que otro tal fortuna te arrebatas;

No sea que alguna día te arrepientas,

Y que los siglos con rigor te traten.

Quanta òra tu voti del grande nombre,
 Que suena ya en tus límites, España;
 Oye pronunciar con tu nombre,
 Con respeto profundo, que no engaña.

Adiós, España, dice; no has querido,
 Que un mundo yo te diera con un ducado;
 De ti con dolor grande me despido;
 Al rey de Francia dejaré tu merced.

Mar de Iberia a tu puerta, por fortuna:
 Encuentro un varón, un ángel bueno;
 Et duplica al marino, le importuna,
 Porque regrese de su patria al sereno.

Le promete de nuevo, cual un día,
 Del favor de la reina; suerte buena:

¡Cuánto dices, España, a la perfidia,
 Del ángel de Colón, padre Marchena!

Un paso mas allá; un solo paso,
 Y un mundo, tú perdistas sin remedio.

Y Francia era la dueña del Océano.

De su triunfo impedir, no había medio.

Colón atrás volvió con la primera,
 Que los reyes oyeron, bondadosos,
 Sus planes meditador, que se oprimiera
 E ambos en favorecieron, generosos.

Por fin, pudo a la corte de Castilla
Llegar; eso que fue una gran victoria;
Fernando e Isabel, desde su silla,
Su planer escuchaban y su victoria,
Eso hizo prodigio de elocuencia,
Su habla fue tan clara y convincente,
Probo' de tal manera la experiencia
Del mundo que miraba en Occidente;
Que Isabel ya lo vio desabierto,
Gloraba de placer aquel instante;
Ya contemplo mi nave en el puerto,
Pues, en su alma, el gran Colón, triunfante
Feriéndose mostro' menor creyente,
Si bien que tal idea se halagaba;
Por tugal en by mares es potente.
Por que' en debo serlo yo? pensaba.
Por que' en debo, en mar, en tierra,
Mas fuerte ser que él, mas respetado;
Acabemos del mundo la cruel guerra;
Tal vez seré en la mar afortunado.
Tal vez ese extranjero en se engaña,
Y en verdad que el mundo está en Ocaso;
Y que algún día debe ser de España,
Eso fuera un gran triunfo, un grande paso.

Mas ero, para mi, parecia sueño,
El creerlo me cuesta, y gran violencia;
Bien claro, de Colón, veo el diseño,
Mas no tanto, de un mundo la existencia.

Colón advivió lo que pensaba,
De su plan, el rey, aquella hora;
Fuerzando, en su interior, aun dudaba;
No sentia la fe de su señora.

Mas no obstante, Colón, logró favores,
La amistad de los reyes, tan deseada;
Los magnates de España, los señores,
En él fijaban, ^{todos} su mirada.

A la corte siguió, desde aquel día;
Vertido, cual los gentes de palacio;
Entre ellas, al fin, se confundía,
Mas sus negocios siempre van despacio.

De Granada, la toma, mas importa,
A los reyes hispanos, e interesa;
Mas fácil, la ven ellos, y mas costa,
Mas urgente, tambien, que otra empresa.

A guarda, pues, Colón; aun si pesa;
En puerto no ^{está} ~~hegante~~, cono erías;
A un deber salvar otra barrera,
Cientos que turcan de tu amor los días.

Colón, siguió, a Granada, a su señora,
Su valor admiró, y su gran fortuna,
De sus muros y alcazar, de primores,
Por siempre vio caer la media luna.

Pudo ver a Boabdil, las llaves dando,
De su ciudad querida, con cruel lloro,
A Isabel de Castilla y a Fernando,
De España admiración, terror del moro.

Las llaves hoy, tú, entregas, de tu imperio
Mañana, ser de un mundo, con mis manos,
Tambien entregar debo (¡gran misterio!)
De España a los ilustrados soberanos.

Pensó Colón, sin duda a quel instante,
Del rey moro mirando la tristera,
Y el manto que cubria su semblante:
Hoy acaba Boabdil, mi gloria empiezo.

Al fin, Colón, un día (¡gran victoria!)
Oyó de su señora estas razones:
Deseo dar a Dios mas lustro y gloria,
Ser reina de otros pueblitos y regiones.

Deseo que tu sombra de mi manto,
Mas lejos se dilate, de los mares;
Que otro mundo alzar pueda en canto,
De la gloria de Dios a los altares.

Dices que la sangre, tan preciosa,
 Por escrito, sobre el ydólzota vertida;
 Estienda su virtud maravillosa,
 Dando al Quiso la salud y vida.

Man. de España, el tesoro se halla exhausto,
 Jurando reptó, con desaliento;
 Im' posible atender es oro al fausto,
 Que requiere la corte y lucimiento.

La guerra nuestro oro ha consumido,
 Preciéndolo, Isabel, en esta hora!
 Qué importa? dijo, ella á su marido,
 Si por ser yo de un mundo te vendra;
 Si por almas salvar, que están perdidas,
 No queda otro recurso; mi corona
 Mis joyas y mi bien, sean vendidas.
 Qué rango tan feliz, noble matrona!

Muy bella era Isabel, mas aquel día,
 Sus ojos, sus tan suave derramaban;
 Que un ángel, ó una santa parecía,
 A quanto se semejante contemplaban.

Pasmado oyó Colón, quanto oyeron,
 A la reina decir palabras tales;
 Que la historia y los siglos escupieron,
 En mármoles y broncees inmortales.

A hora d' gran marino, no en duda,
A su reina bendice, reverencia;
Besa ^{su} ~~el~~ regio manto, que le encuda,
Su júbilo se exalta a la demencia.

Vuelta a Palos, sin penas, ni tristezas,
Allí sus tres galeras se preparan;
Una con caninos, ya en mar tropiera,
Las nubes se disipan, se separan.

~~Existencia en la ojo del grande hombre
Existencia en la lagrima~~

Al contemplar sus naves en el Atlante,
Una lagrima ~~vieja~~ ~~del~~ grande hombre
Tan pura cual la perla o el diamante
Cual si fuera de un lingot, no de un hombre.

Como el avaro, en vista de un tesoro,
Muy ~~bello~~, muy inmenso y codiciado,
Como si fueran sus bajelas de oro,
Los admira Colón, tan extasiado.

Marques dicen en Palos aquella hora,
Al ver las naves, a Colón confiadas,
Allí se teme, o cesar, se llora,
En ellas están fijas las miradas.

No importa que Colón ~~edme~~ ~~la~~ gente,
Se muestre tan sereno, tan ufano;

Diciendo que el camino de Occidente
 es hio, es la palma de su mano.

Mar, al fin, partir puede; no importa,
 lo demás ~~es~~ ^{mira} fácil, bagatelas;
 Su plan, no me preocupa, hoy, ni aorta,
 España vé salir sus carabelas.

